

El libre comercio y la economía mundial según Ha-Joon Chang y Michael Spence

José A. Tapia Granados*

Resumen

Se comenta la visión del comercio y de la economía mundial de dos autores representativos de corrientes significativas del pensamiento económico actual, Ha-Joon Chang y Michael Spence, y se presenta un bosquejo de una visión alternativa. En la visión poskeynesiana de Chang, la política comercial de cada país ha de subordinarse a sus intereses nacionales. Michael Spence presenta una visión más conforme con la ortodoxia predominante, afirmando del consenso de Washington que se trata de orientaciones con gran apoyo en la experiencia de desarrollo y en el análisis económico, que han resultado sin embargo controvertidas y disputadas como consecuencia de la forma en que fueron interpretadas e implementadas. Frente a las perspectivas de Chang y de Spence se propone una visión que ve el proteccionismo o el libre comercio como políticas para defender intereses que no son los de la población general asalariada, a menudo sometida al desempleo o a la necesidad de emigrar en busca de trabajo.

Palabras clave: Economía mundial, desarrollo, industria, proteccionismo, economía poskeynesiana

Abstract

The views on trade and the world economy of Ha-Joon Chang and Michael Spence—two representative authors of significant trends in contemporary economic thought—are discussed and an outline of an alternative view is presented. In the Post Keynesian view of Chang, trade policy in each country must be subordinate to its national interests. Michael Spence presents a vision more in line with the prevailing orthodoxy. He claims that the Washington Consensus has great support from the development experience and economic analysis. It has proved controversial and disputed however because of the way it was interpreted and implemented. Opposed to the views of Chang and Spence, a perspective is presented which sees either protectionism or free trade policies as mostly defending interests that are not those of the general working population, often subject to unemployment or the need to migrate in search of work.

Keywords: Global Economy, Development, Industry, protectionism, Post Keynesian economics

JEL Classification: F13, F15, D20

Recibido: 13-03-2013 Aceptado:02-09-2013

* Institute for Social Research, Universidad de Michigan, Ann Arbor. Correo electrónico: jatapia@umich.edu.

Résumé

On commente une vision du commerce et les deux auteurs représentatifs de l'économie mondiale des tendances importantes dans la pensée économique contemporaine, Ha-Joon Chang et Michael Spence, et un ébauche d'un autre point de vue est présenté. De l'avis Postér keynésienne de Chang, la politique commerciale de chaque pays doit être subordonné à ses intérêts nationaux. Michael Spence présente une vision plus conforme à l'orthodoxie dominante, en affirmant que le Consensus de Washington est l'orientation avec le grand appui et de l'expérience de développement dans l'analyse économique, qui ont suscité des controverses et réponses cependant, en raison de la façon dont elles ont été interprétées et appliquées. Face à la perspective de Chang et une vision qui voit Spence protectionnisme ou les politiques de libre-échange pour défendre des intérêts qui ne sont pas celles de la population active en général, souvent soumis à des taux de chômage ou le besoin d'émigrer à la recherche de travail proposé.

Mots-clés: économie mondiale, le développement, de l'industrie, des postes keynésienne

El texto de Ha-Joon Chang que se publica en este número de *Ensayos de Economía*¹ describe una historia del libre comercio que no es la que a menudo respalda el ideario hasta hace poco predominante en la economía académica y en el llamado *consenso de Washington*. Según ese ideario, lo mejor que pueden hacer los países en desarrollo es eliminar las barreras arancelarias, abrirse al mercado mundial y favorecer la actividad económica que generará riqueza y puestos de trabajo. El texto de Ha-Joon Chang tiene ya algunos años —fue presentado en una conferencia en 2003— pero hasta ahora no había sido publicado formalmente en castellano. Por otra parte, constituye lo que podría considerarse el punto de partida de obras posteriores del economista surcoreano, por ejemplo su libro *Bad Samaritans*, que fue publicado en 2008, y cuyo subtítulo sería en castellano “El mito del libre comercio y la historia secreta del capitalismo”.² En el resto de esta nota se comenta el ensayo de Chang a la vez que se hacen algunas reflexiones sobre el libro de Michael Spence, *La convergencia inevitable* que, como se explicará, podría considerarse una versión actualizada del consenso de Washington.³

- 1 “Patada a la escalera: La verdadera historia del libre comercio”, pp. 27-57 de este número.
- 2 *Bad Samaritans: The Myth of Free Trade and the Secret History of Capitalism* (Nueva York, Bloomsbury, 2008).
- 3 *The next convergence: The future of economic growth in a multispeed world* (Nueva York, Picador, 2011). El título del libro de Spence podría traducirse como “La convergencia que viene”, pero en la versión castellana recientemente publicada (trad. de R. Gimeno, Madrid, Taurus, 2012) el libro se titula *La convergencia inevitable: El futuro del crecimiento económico en un mundo de velocidades múltiples*. Las páginas que se dan aquí al citar este libro se refieren a la edición original en inglés.

La idea clave del ensayo de Chang es que los países que hoy se consideran desarrollados usaron en épocas pasadas el proteccionismo para defender su industria naciente. Cuando pasaron a predicar las virtudes del libre comercio fue cuando se hallaban ya en una situación en la que eran capaces de competir en el mercado mundial con otros países que habían avanzado antes en el desarrollo industrial. Así, EE. UU. tuvo una larga época proteccionista bajo los auspicios de Alexander Hamilton, primer Secretario del Tesoro (1789-1795) que ya antes que el economista alemán Friedrich List defendió la idea de que un país ha de proteger mediante los métodos que haga falta su industria naciente.

El propósito de Chang es obviamente desvelar una “historia secreta” del capitalismo que no se cuenta al hacer las loas habituales al libre comercio.

Sin embargo, esa historia secreta para quienes solo hayan oído la sinfonía de los economistas de la ortodoxia, no es tan secreta para quienes estén al tanto de las corrientes económicas heterodoxas. Los críticos tempranos del capitalismo como Sismondi y Marx, rechazaron la idea, derivada de los postulados ricardianos de la ventaja comparativa, según la cual del libre comercio “los países” obtienen ventajas y beneficios cualesquiera que sea su nivel de desarrollo originario.

En un congreso sobre el libre comercio que tuvo lugar en Bruselas en 1848, Marx declaró que el sistema proteccionista había sido “un medio artificial de los fabricantes para expropiar a los trabajadores independientes, capitalizar los medios nacionales de producción y de subsistencia y acortar a la fuerza la transición de la Edad Media al modo moderno de producción”. Marx veía en el proteccionismo, desde sus orígenes en el siglo XVII hasta bien entrado el siglo XIX, la política normal de los estados de Europa occidental. Bajo el proteccionismo se desarrolló la industria moderna en Inglaterra durante el último tercio del siglo XVIII. Por si la protección arancelaria no hubiera sido suficiente, las guerras contra la Revolución Francesa ayudaron a asegurar a Inglaterra el monopolio de los nuevos métodos industriales. Fue la época en la que la marina británica mantuvo a los rivales industriales de Inglaterra aislados de sus respectivos mercados coloniales, a la vez que abría a la fuerza esos mercados al comercio inglés. Para Marx la secesión de las colonias de América del Sur de sus metrópolis europeas, la conquista inglesa de todas las colonias francesas y holandesas valiosas y el sometimiento progresivo de la India, fueron los medios para que esos inmensos territorios se convirtieran en mercado de los productos ingleses. Inglaterra complementó la protección que practicaba en su mercado doméstico con el Tratado de Libre Comercio que impuso a sus potenciales clientes en el extranjero. Y gracias a esa feliz mezcla de ambos sistemas, al final de las guerras napoleónicas, Inglaterra estuvo en posesión del monopolio virtual del comercio mundial en todas las ramas importantes de la industria.

La protección del mercado doméstico, decía Marx, era innecesaria para los exportadores ingleses que apostaban a la expansión de sus mercados para vencer a sus rivales extranjeros. Pero era provechosa para los productores de alimentos y otras materias primas, para los intereses agrícolas, que bajo las circunstancias existentes en Inglaterra, eran los rentistas,

la aristocracia terrateniente. Y ese tipo de protección era perjudicial para los fabricantes de productos industriales. Al encarecer las materias primas subía el precio de los artículos manufacturados con ellas, al gravar los alimentos, el proteccionismo hacía aumentar los salarios y ambas cosas colocaban al fabricante británico en desventaja en comparación con su competidor extranjero. Y como todos los demás países exportaban a Inglaterra sobre todo productos agrícolas e importaban bienes manufacturados ingleses, la abolición de las barreras que protegían los cereales y materias primas producidos en Inglaterra era al tiempo un llamamiento para que los otros países suprimieran los aranceles de importación de las manufacturas inglesas, o al menos los redujeran.

En una pugna que duró muchas décadas los capitalistas industriales ingleses se convirtieron en clase dominante de la nación, venciendo finalmente la resistencia de la aristocracia terrateniente, que tuvo que aceptar que se aboliera la protección para los cereales y otros productos básicos. El libre comercio se convirtió así, decía Marx, en el nuevo evangelio al que había que convertir a los demás países, de forma que Inglaterra fuera el centro de la producción, con los demás países convertidos en sus distritos agrícolas independientes.

Fue esa la época del Congreso de Bruselas, en el que Marx presentó su discurso sobre el libre comercio. Ahí Marx aceptó que bajo ciertas circunstancias el proteccionismo todavía podía brindar una ventaja para los capitalistas industriales, por ejemplo en la Alemania de 1847. Afirmó también que el libre comercio no era la panacea que se había proclamado para los males de las clases trabajadoras, y que podía incluso agravar esos males. De todas formas, Marx se pronunció en última instancia y en principio *a favor del libre comercio*, ya que este sería la condición normal de la producción capitalista moderna.

Marx llegaba a esa conclusión partiendo de la base de que los males fundamentales de los asalariados bajo el capitalismo no se resolverían mediante reformas. Lo necesario era una revolución social liberadora de las fuerzas productivas, que rompiera los grilletes de un orden social anticuado y sacara a los verdaderos productores, la gran masa del pueblo, de la esclavitud asalariada. Y como el libre comercio libre es la atmósfera natural y normal para esa evolución histórica, el medio en el que las condiciones para la revolución social inevitable se crearán lo antes posible, por esa razón y solo por ella, Marx se declaraba a favor del libre comercio.

Cuarenta años después, en 1888, comentando el discurso “librecambista” del ya fallecido Marx, Federico Engels escribía que el proteccionismo es, en el mejor de los casos, un cuento de nunca acabar, ya que nunca se puede asegurar qué se ha conseguido realmente con esa política que, al proteger una industria, directa o indirectamente daña a las demás, generando por tanto la necesidad de protegerlas también. Ese círculo vicioso puede llegar a mantenerse indefinidamente. Engels comentaba cómo EE. UU. ofrecía un ejemplo notable de la mejor manera de matar a una industria importante mediante el proteccionismo. En 1856 el total de importaciones y exportaciones por vía marítima de EE. UU. ascendió a 642 millones de dólares, cantidad de la que 75,2% se había transportado en buques esta-

dounidenses y el resto en buques extranjeros. Los vapores británicos ya estaban entonces desplazando a los veleros norteamericanos, pero todavía en 1860, de un comercio marítimo total de 762 millones, los buques estadounidenses habían transportado 66,5% de esa carga. La Guerra Civil que comenzó en 1861 llevó al proteccionismo de la construcción naval estadounidense y esta política fue “tan exitosa” que casi dejó de verse del todo la bandera de barras y estrellas en alta mar. En 1887, el comercio marítimo de EE. UU. ascendió a 1409 millones de dólares, total del que solo 13,8% fue transportado por buques estadounidenses. En 1856 las mercancías transportadas por barcos estadounidenses totalizaron 482 millones; en 1860, 507 millones; en 1887, solo 194 millones. El transporte marítimo estadounidense que había sido el rival más peligroso del británico y prometía superarlo, se convirtió así en nada. La conclusión de Engels era que la protección de la construcción naval en EE. UU. había causado la muerte de la industria del transporte marítimo y de la construcción naval.

Para el amigo y colaborador de Marx, a finales del siglo XIX ya no había condiciones para que un país fuera capaz de pasar del proteccionismo al libre comercio en todas o casi todas las ramas industriales a la vez, de forma que sus productos pudieran desafiar en todos los ámbitos a la competencia extranjera en el mercado libre. La necesidad de abrirse al comercio se hace evidente en momentos diferentes en los distintos sectores industriales y de los intereses en conflicto, decía Engels. Surgen así las más complicadas disputas, intrigas y conspiraciones en los pasillos y vestíbulos parlamentarios. A primera vista esa descripción parece también apropiada para las complicadas negociaciones del último medio siglo, que tras el hundimiento del comercio mundial —primero durante la Gran Depresión de los años treinta, luego durante la segunda guerra mundial— llevaron a los sucesivos acuerdos del GATT y luego, en 1995, a la constitución de la Organización Mundial del Comercio. Desde 2001 la OMC está empantanada en la ronda de Doha, cuyo supuesto objetivo es liberalizar en mayor medida el comercio mundial, sobre todo el de productos agrícolas. La ronda está en una situación de *impasse* que ha llevado a algunos analistas a sugerir que quizás sería mejor dejar morir esa ronda de Doha, que solo desprestigia a los negociadores, y empezar otra vez desde cero.⁴

Vemos pues que para Marx hace siglo y medio y para Engels a finales del siglo XIX la polémica entre libre comercio y proteccionismo afectaba fundamentalmente a los intereses de la clase capitalista y se planteaba enteramente dentro de los límites del sistema de producción capitalista. Tenía así muy poco interés directo para los socialistas que adoptaban el punto de vista de las clases asalariadas y querían ir más allá de ese sistema.⁵ Pero, ¿tiene todo eso algo que ver con la situación actual hoy, en la segunda década del siglo XXI? ¿No ha demostrado el fin del “socialismo real” y la consolidación del capitalismo en todo el planeta que tales consideraciones hoy son irrelevantes? Responder a esas preguntas obviamente

4 Así lo explica Michael Spence en *The next convergence*, pp. 28, 62, etc.

5 El discurso completo de Marx sobre el libre comercio y la presentación de Engels de 1888 están disponibles (en inglés) en www.marxists.org/archive/marx/works/1888/free-trade/index.htm.

implica una perspectiva ideológica y juicios sobre la viabilidad y la idoneidad del sistema económico actual que difícilmente podrían considerarse juicios de hecho. De todas formas, si nos queremos referir a “la situación actual”, es preciso mencionar algunos aspectos nuevos de la economía mundial, que al fin y al cabo es “el ente” en el que se desarrolla el comercio internacional, libre o sometido a obstáculos arancelarios o del tipo que sea, y al que se refieren las polémicas sobre libre comercio o proteccionismo.

Uno de los aspectos más significativos de la economía mundial actual es la conversión de una gran parte de los países antes industrializados en países en buena medida desindustrializados. La industria tiene hoy un peso relativamente escaso en la economía de muchas de las naciones consideradas “desarrolladas” que son las que tienen también mayores niveles de ingreso per cápita. La idea que muchos tienen de lo que suele denominarse “desarrollo económico” consiste en que los cultivos a base de arado con mula o buey, los pozos para obtener agua, las barriadas miserables y las calles llenas de barro y niños sucios son sustituidos por campos de cultivo con tractores y cosechadoras, por infraestructura para la provisión de agua, por fábricas y ciudades modernas y por vecindarios de calles pavimentadas en los que circulan automóviles manejados por señoras elegantes que llevan a sus niños a la escuela. Desde esa perspectiva puede ser sorprendente la existencia en países “ricos” de significativas bolsas de pobreza y de urbes antes florecientes por la existencia de una industria pujante que son hoy en gran medida sórdidas ciudades fantasma. Ilustraciones de tal fenómeno hay a docenas, por ejemplo en lo que se llama el *rust belt* de EE. UU. y en muchas partes de Europa, pero por citar algún caso concreto pueden mencionarse Detroit en Michigan y Merthyr Tydfil en Gales. Detroit, la ciudad más importante de Michigan que llegó a tener casi 2 millones de habitantes a mediados del siglo pasado, en la época de esplendor de la industria automovilística estadounidense, tiene hoy poco más de 700.000, y en gran medida los “grandes” de la industria automovilística, GM, Chrysler y Ford (los dos primeros seminacionalizados por el gobierno Obama para evitar su quiebra en el 2008), han emigrado a otras regiones y países. Detroit es hoy una ciudad con un ayuntamiento quebrado por las deudas, que no puede mantener ni siquiera los servicios municipales básicos, y en la que se alzan docenas de rascacielos tapiados y cientos de casas abandonadas, la mayoría desde hace ya más de treinta años. La primera vez que uno ve esa ciudad tiene la sensación de estar ante un paisaje posbélico. Según estimaciones recientes en todo el estado de Michigan, en otros tiempos uno de los más florecientes de EE. UU., la pobreza afecta al 15% de la población. Merthyr Tydfil, que con su minería de carbón, sus industrias metalúrgicas y sus fábricas de electrodomésticos llegó a ser la ciudad más grande de Gales, con unos 200.000 habitantes, tiene hoy una población de pocas decenas de miles y en ella son muchos también los edificios abandonados con ventanas rotas y tejados hundidos.

Desde el final de la segunda guerra mundial el panorama económico mundial ha cambiado drásticamente con una reordenación internacional de la industria que ha llevado el peso de la producción industrial de unos continentes a otros en un plazo muy breve. Durante la época de florecimiento del capitalismo en las décadas de 1950 y 1960, en muchos países de lo que entonces se llamaba “mundo subdesarrollado” se produjeron procesos importantes

de crecimiento económico e industrialización. Esos procesos fueron especialmente rápidos e intensos en varios países asiáticos. Japón resurgió vertiginosamente de las cenizas de su derrota en 1945 y en un cuarto de siglo se había convertido en una potencia económica cuyos productos industriales disputaban la primacía de las hasta entonces poderosas industrias europeas y norteamericanas. Pero algo similar ocurrió en Corea del Sur, en Taiwan, y en Hong Kong, donde se crearon muchas industrias, a menudo bajo la protección de fuertes aranceles. En los países del sur de Europa, hasta entonces los más atrasados económicamente de ese continente, tuvo lugar un proceso de crecimiento económico muy importante de naciones hasta entonces casi por completo dependientes de la economía agrícola. Portugal, España y Grecia pasaron de ser países “en vías de desarrollo” y de economía fundamentalmente agrícola, a ser naciones con desarrollo industrial en ciertos sectores y en algunos aspectos se convirtieron en “potencias mundiales”, por ejemplo Grecia en transporte marítimo, España en servicios turísticos y en la producción de vinos, calzado y automóviles. En América Latina tuvo lugar también un proceso de desarrollo que aunque en menor medida que en Europa y Asia, creó cierta base industrial en muchos países. Algo que a menudo se obvia es que esos procesos de crecimiento económico y formación de un capital nacional capaz de competir en el ámbito mundial en las décadas siguientes a la segunda guerra mundial a menudo se dieron en condiciones en las que las clases trabajadoras estaban sometidas a dictaduras civiles o militares que cerraban drásticamente la boca, a menudo con la muerte, a quienes se atrevían a cuestionar las circunstancias o la cuantía de la explotación. Los “milagros” de desarrollo económico en Corea del Sur, en la España de Franco, en el Taiwan de Chiang Kai-Shek, en el Chile de Pinochet, en el Portugal salazarista, en las Filipinas de Marcos y en la Indonesia de Suharto tuvieron lugar bajo condiciones de drástica represión de los trabajadores. Mientras tanto, lo que algunos llamaban entonces “el campo socialista” de la URSS, Europa Oriental y los Balcanes, China y Corea del Norte, se mantenía más o menos aislado del mercado mundial, pero expandiéndose a veces por incorporaciones como la de Cuba en 1959 y los países del Sudeste Asiático tras la derrota estadounidense en Vietnam en 1976. También en ese campo hubo acumulación de capital bajo condiciones totalitarias en las que los trabajadores no tenían voz alguna para decidir los ritmos u objetivos de la industrialización.

La década de los años setenta marcó el final de una época y comenzaron a notarse importantes cambios en el perfil de la industria mundial. En el Reino Unido las industrias desaparecían a toda velocidad y de ser la cuna de la revolución industrial el país pasó a no producir otra cosa que “servicios financieros”. Hoy la participación de la industria en el PIB británico es del orden del 10%. En EE. UU. muchas industrias comenzaron a resentir la competencia asiática o europea y en el intento de abaratar costos se movieron bien hacia el sur de EE. UU. o más allá, al otro lado de la frontera, a México, o a otros países o continentes. Por otra parte, las crisis que afectaron a la economía mundial a mediados de los setenta y a comienzos de los ochenta pusieron fuera de juego a muchas empresas industriales en países de mediano desarrollo. En muchos países europeos y latinoamericanos una gran parte de la industria desapareció durante los años ochenta y noventa, incapaz de enfrentar la competencia de la producción industrial de los países asiáticos. La producción naval se

desplazó más y más hacia Asia y tanto por el agotamiento de los recursos minerales como por la incapacidad de competir con la producción de otros países, la minería entró en franca contracción en muchos países europeos.

A finales de la década de 1980 el sistema de economía centralmente planificada y dictadura política de los partidos comunistas en la URSS y los países de Europa oriental hizo implosión y las naciones resultantes de esa transformación y de la ruptura de la URSS se incorporaron en pocos años al mercado mundial. La transición fue dramática con enormes costos humanos y económicos. Millones de personas perdieron su empleo, sus ahorros y su acceso a atención médica, educación, y otros servicios sociales antes gratuitos. Las empresas dispuestas a invertir en esos países se encontraron con todas las facilidades para contratar con bajos salarios, escasas o nulas regulaciones laborales o ambientales y livianas o nulas imposiciones tributarias. Muchas empresas alemanas usaron a fondo esa oportunidad, desplazando su producción hacia el este y poniendo así presión sobre los salarios de los trabajadores alemanes que, desde entonces, han sido fundamentalmente los que menos han crecido en Europa.

Pero si la transición de Europa oriental y las repúblicas de la antigua URSS a la economía de mercado y su incorporación al mercado mundial fueron fenómenos económicos claves, para la economía mundial fue igualmente importante la evolución de Asia en las tres últimas décadas del siglo XX; no solo de China y de la India, sino también de Vietnam y de los denominados “tigres” o “dragones” asiáticos —Corea del Sur, Singapur, Taiwan y Hong Kong— y los “cachorros” de tigres —Indonesia, Malasia, Filipinas y Tailandia—. Esos “felinos” fueron durante años el modelo que la economía neoclásica presentó como ejemplo a seguir en políticas macroeconómicas. Su “rigor macroeconómico” se ensalzaba y se hablaba de su desarrollo acelerado que contrastaba con el de otros países por ejemplo de América Latina, donde se sucedían las “décadas perdidas” para el desarrollo. El espejismo de los tigres asiáticos fue, sin embargo, como casi todo en la economía neoclásica, una breve ilusión. La crisis de la economía mundial en los años en torno al 2000 golpeó a esos países de forma especialmente aguda, desplazando hacia la pobreza a sectores que supuestamente habían quedado a salvo de ella por el proceso de crecimiento económico que había tenido lugar en las décadas anteriores. Ahora ya no se habla de esos países como ejemplo, sino que se buscan razones para explicar por qué el experimento acabó con el desastre de fin de siglo.

El caso de China es distinto. Allí la economía de planificación central fue transformada poco a poco, desde finales de los años setenta, en un capitalismo más o menos clásico. Muchas empresas aceptaron una participación importante de capital extranjero, se liberalizaron la mayor parte de los precios y el Estado dejó de asegurar “el tazón de hierro”, o sea, el empleo para todos. Empezó entonces una enorme migración que sigue en marcha y que según algunos demógrafos es la mayor de la historia de la humanidad, en la que varios cientos de millones de personas se han desplazado de las zonas rurales del interior a las regiones costeras industrializadas. China se convirtió en tres décadas en el centro de la industria mundial y hoy solo hace falta visitar un supermercado y mirar las etiquetas de productos diversos (ya

sea cubertería, ropa, zapatos, electrodomésticos o destornilladores) para darse cuenta de que en una enorme proporción los productos industriales que consumimos están fabricados en China. Por supuesto, sería equivocado pensar que esos productos son “chinos” del todo, porque muchos están manufacturados con insumos minerales o vegetales procedentes de otros países y porque, además, muchas de las empresas que fabrican esos productos en alguna zona industrial de China tienen una participación importante si no mayoritaria de capital estadounidense, australiano, japonés, europeo o de otros países.

En Vietnam tuvo lugar una evolución muy similar y en la India, que no partía como China y Vietnam de una economía centralmente planificada ni de un gobierno controlado por un partido único comunista, el proceso fue parecido. La economía fuertemente dirigida desde el Estado en la época de Nehru e Indira Gandhi fue liberalizada, hubo una importante entrada de capitales extranjeros desde los años ochenta y los productos hindúes comenzaron a verse en los mercados internacionales.

Tres fenómenos son importantes y característicos de la mundialización o “globalización” de la economía en las tres últimas décadas: en primer lugar, las cuantiosas inversiones directas de capital europeo, norteamericano o asiático en América Latina, África y diversos países de Asia, así como también en Europa y Norteamérica; en segundo lugar, la internacionalización de las actividades financieras y el aumento enorme del volumen de transacciones relacionadas con los productos financieros derivados; en tercer lugar, la posesión transnacional de enormes volúmenes de deuda pública (por ejemplo de EE. UU.) por “inversores” privados o estatales de otros países (por ejemplo, de China o de países exportadores de petróleo).

Considerando todo lo anterior, una conclusión que parece muy plausible es que cada vez es menos relevante la distinción entre capital nacional y capital extranjero y que el capital está hoy mucho más internacionalizado, “mundializado” o “globalizado” que hace digamos treinta años. El surgimiento de foros como el G20, que en cierta forma representa los países más importantes en términos de capital, es ilustrativo de esa tendencia.

Lo anterior se refiere al polo del capital, pero en el otro polo, el polo del trabajo, un aspecto que inmediatamente resalta son los procesos migratorios que han cambiado sustancialmente el carácter de la población de muchos países y han creado flujos financieros esenciales para muchas economías, sobre todo de sus clases populares. Entre los países de alto ingreso EE. UU. es hoy el que tiene una población más joven, a lo que ha contribuido de forma determinante el constante aflujo de inmigrantes de otros países que en su mayor parte son jóvenes y tienen mayores tasas de fertilidad que la población anglosajona “nativa” de EE. UU. (que obviamente, solo es “nativa” porque desciende de emigrantes europeos que llegaron a América en épocas anteriores). Pero la caída de la tasa de fertilidad a niveles cercanos a cero en muchos países de Europa occidental ha facilitado la migración hacia esos países, cuya población está hoy compuesta en proporciones de hasta cerca del 15% por personas nacidas en Asia, África, América Latina y otros países de Europa (ha habido una fuerte emigración desde Europa Oriental y los países de la antigua URSS hacia Europa occidental y

los países nórdicos). Esa emigración internacional de muchos millones de personas ha generado flujos de divisas que constituyen un factor importante para el crecimiento económico y para el ingreso de muchas familias de los países de bajo PIB per capita. Según Michael Spence (*The New Convergence*, p. 242) las remesas enviadas por emigrantes desde “países desarrollados” a sus familias residentes en “países en desarrollo” ascenderían en años recientes a unos 100.000 millones de dólares anuales, total mucho mayor que toda la “ayuda al desarrollo” de los países ricos.

Todo lo anterior son rasgos de un ente, la economía mundial, que tuvo una crisis manifiesta en 2007-2009. Por supuesto que esa crisis se manifestó de manera distinta y con una gravedad muy diversa en diferentes países, pero sería difícil negar que la crisis fue una crisis de la economía mundial. Esa economía mundial tiene hoy un carácter orgánico y una existencia mucho más clara que hace tan solo unas décadas. El capitalismo estilizado abstracto de *El capital* era una economía mundial que en época de Marx solo existía en potencia, o en una fase muy primitiva. Hoy ese ente es mucho más real.

Pero ¿no es también cierto que en la segunda década del siglo XXI tuvo lugar el fin del “socialismo real” y la consolidación del capitalismo en todo el planeta? La respuesta a esta pregunta no es ni mucho menos evidente. Que hoy no existe ningún socialismo “real” ni en China ni en Rusia es obvio, pero que eso suponga la consolidación del capitalismo no lo es. De hecho, la Gran Recesión que en muchas partes del mundo ha llevado a grandes sectores de la población a la penuria, que solo se superó a medias en muchos países y nunca en otros, y que a juicio de no pocos economistas, incluido quien esto escribe, pudo ser solo la primera gran crisis económica mundial del siglo XXI de la que pronto podríamos ver una segunda edición, ha puesto una vez más en el orden del día del debate intelectual la capacidad del capitalismo para servir de sistema económico para el desarrollo de la humanidad.

Es un hecho obvio que el hundimiento del comunismo ruso a comienzos de los noventa y la conversión de China en reserva mundial de trabajo barato e inversiones rentables provocó durante algunos años la euforia de los entusiastas del libre mercado y el capitalismo. El consenso de Washington de desregulación, privatización y finanzas equilibradas se convirtió por una década en catecismo único para el desarrollo. Pero las crisis en los años en torno al cambio de siglo dieron un serio varapalo a los mitos del desarrollo económico, en concreto al de los tigres asiáticos. Luego la Gran Recesión del 2007-2009, especialmente severa en los países que por su “nivel de desarrollo” debían estar supuestamente menos expuestos a ese tipo de inestabilidad dieron un serio puntillazo a la teoría macroeconómica estándar. Para muchos el consenso de Washington pasó a formar parte de lo que Krugman consideró recomendaciones en el mejor de los casos irrelevantes y en el peor de los casos, dañinas. Hoy ya lo no defienden ni tan siquiera los representantes de la ortodoxia. A juicio de muchos, esas crisis han planteado de nuevo la cuestión de la irrelevancia de la teoría económica estándar. Pero, ¿no plantean también la cuestión de la viabilidad del capitalismo?

En 2006, por iniciativa del Banco Mundial y presidida por Michael Spence, quien había recibido el “seudonóbel” de Economía de 2001 junto con George Akerlof y Joseph Stiglitz, se formó la Comisión sobre Crecimiento y Desarrollo, organismo independiente en el que 22 políticos, economistas y líderes empresariales examinaron diversos aspectos del desarrollo económico en años recientes para definir nuevas orientaciones. En la comisión Michael Spence contó con la colaboración de ministros y exministros —por ejemplo, de la India, Sudáfrica y Brasil—, ejecutivos de grandes empresas —como British Petroleum—, directores de bancos japoneses y chinos, altos directivos del Banco Mundial y economistas “renombrados” como Ernesto Zedillo, Robert Rubin y Robert Solow. La comisión produjo diversos informes y fue disuelta en 2010. En 2011 Spence publicó el libro que aquí se comenta y que de alguna manera puede considerarse un resumen de las reflexiones y conclusiones de dicha comisión. De ese libro de Spence se deduce claramente que el *establishment* económico mundial es hoy mucho más comedido en su defensa del libre comercio y los mercados no regulados; que hace mucho más énfasis en que diversos países pueden requerir soluciones diferentes en cuanto a política macroeconómica; y que la economía mundial se ve como una realidad que exige una “gobernanza” apropiada, que Spence ve hoy como necesariamente a cargo del G20, tras el súbito reconocimiento de que el G7/G8 es insuficiente para esa tarea.

Como no podía ser menos, Spence se muestra claramente partidario del libre comercio y del levantamiento de las barreras al movimiento de mercancías y capitales que a su juicio representa la solución cooperativa, no antagónica, del “juego” de la economía mundial (no dice nada del libre movimiento de personas). En cualquier caso, en sus consideraciones es extremadamente comedido. Hablando de EE. UU. se congratula del énfasis en los mercados flexibles e innovadores que facilitan la creación de empleo, pero de seguido afirma que si los cambios estructurales de la economía mundial hacen que aumente el impacto negativo en pérdida de empleos y de ingreso, se hará necesario invertir más en “mecanismos de apoyo transicionales” (pp. 88-90) que obviamente se refieren a subsidios para el desempleo, formación para los desempleados, etc. Uno de los aspectos más interesantes de *La convergencia inevitable* es que Spence reconoce una y otra vez la existencia de una economía mundial, que habría tenido su inicio en la creación del GATT tras la segunda guerra mundial y que haría necesarios análisis e instrumentos institucionales a ese nivel mundial. Es sorprendente además, sobre todo viniendo de un economista estadounidense (aunque educado en Canadá) que discutiendo las ideas de nacionalismo, cohesión e identidad que unifican a países o continentes, Spence diga que en el futuro es probable que se haga necesaria alguna modificación a la noción del “nosotros”, extendiéndola “más allá de las fronteras nacionales”, ya que el nacionalismo que facilitaría las opciones colectivas a largo plazo en el marco de la nación sería un obstáculo importante para la cooperación a escala mundial (p. 34). Sobre el consenso de Washington, Spence afirma de entrada que se trata de orientaciones con gran apoyo en la experiencia de desarrollo y en el análisis económico, pero añade de seguido que esas recomendaciones han resultado controvertidas y disputadas, lo que sería consecuencia no de las ideas mismas del consenso washingtoniano, sino de la forma en que fueron interpretadas e implementadas (pp. 93-94). Así existiría hoy un sentimiento “fuerte y justificado entre los expertos y los gestores del desarrollo de que la estrategia de crecimiento ha de ser específica de cada país y de cada contexto” (p. 95).

Spence dedica algún espacio al problema del cambio climático, hasta hace poco raramente mencionado por los economistas en discusiones acerca del “desarrollo” y que a juicio de Spence “es probablemente el problema actual más complejo para nuestra capacidad de gobernanza mundial”.⁶ Spence parece suscribir la idea de que las emisiones de CO₂ per capita tienden a disminuir con el nivel de ingreso, de tal manera que el crecimiento económico de los países hoy “en desarrollo” a la larga estabilizará las emisiones.⁷ De pasada parece también abogar por considerar posibles acciones de mitigación basadas en métodos para aumentar el poder reflectante de las capas superiores de la atmósfera, de forma que penetre menos radiación solar a la atmósfera (p. 210). Esta “ingeniería climática” es considerada por diversos científicos como una idea enormemente arriesgada, ya que se combatiría una alteración antropogénica del ambiente de consecuencias inesperadas e inciertas con intervenciones cuyas consecuencias serían aún más inciertas. Spence piensa que los países en desarrollo no pueden ni deben ser forzados a reducir su crecimiento para disminuir las emisiones de CO₂ y que, por tanto, hay que hacer excepciones con ellos en las políticas para prevenir o mitigar el cambio climático. Aboga también por mercados de intercambio de créditos para emisión de CO₂, aunque en su breve análisis de esos mercados apunta problemas que hasta el momento han hecho que esos esquemas no funcionen y recomienda entonces impuestos directos a las emisiones para aquellas industrias intensivas en energía o en emisiones que producen bienes exportables y que seguirían generando emisiones en los países exentos de las regulaciones. Spence no parece darse cuenta de que intensivas en uso de energía o emisiones son prácticamente todas las industrias que fabrican mercancías exportables, ya que hoy no solo las manufacturas sino también la agroindustria implican enormes insumos energéticos. En resumen, lo que Spence dice a propósito del cambio climático quizá puede considerarse un avance respecto de los tiempos en los que el problema ni siquiera se mencionaba, pero no por ello deja de ser poco, vago y escasamente convincente. Termina Spence su libro afirmando que en las circunstancias actuales es fácil ser pesimista dado el *shock* de la crisis de 2007-2009, las dificultades para recuperar los

6 Traduzco *governance* como “gobernanza”, como se hace cada vez más en las redacciones de los periódicos y en las instituciones internacionales del sistema de las Naciones Unidas, aunque a mi juicio sería mucho más lógico usar el término “gobernación”, que remite inmediatamente a “gobierno” y a “gobierno mundial”, concepto que todavía provoca muchas reacciones viscerales entre quienes tienen sus lealtades firmemente vinculadas a la bandera de esta o aquella nación.

7 Esto es lo que se ha denominado curva ambiental de Kuznets (*environmental Kuznets curve* o EKC) que sería una distribución en U invertida de las emisiones per cápita a medida que aumenta el PIB per cápita. Esa idea parece de hecho equivocada ya que, sin factores de confusión como una enorme desindustrialización y un aumento desaforado del uso de energía nuclear, la curva tiene más bien una forma de N, ya evidente en países como EE. UU., Japón o Canadá. Véase el capítulo “Dynamics and Economic Aspects of Climate Change” (del que soy coautor con Óscar Carpintero), del libro *Combating Climate Change: An Agricultural Perspective*, compilado por M. S. Kang y S. S. Banga (CRC Press, 2013), que puede consultarse en deepblue.lib.umich.edu/bitstream/handle/2027.42/93589/Tapia&Carpintero_Dynamics_of_climate_change.pdf.

niveles de empleo precrisis en muchos países, los incentivos para las salidas proteccionistas y el potencial para el desarrollo de políticas de confrontación (esto es de suponer que se refiere a movimientos anticapitalistas). Pero a pesar de ello, él se confiesa optimista a ultranza, aunque convencido de que los años que vienen pueden ser estar llenos de baches y volatilidad (p. 273).

Por su parte Ha-Joon Chang ha enfatizado en entrevistas recientes la necesidad de que las naciones sigan su propia política industrial, combinando planificación y mercado. En esto Chang y Spence parecen estar en sintonía. Para Chang hoy industrializarse será más difícil que hace veinte o treinta años, pero aún así, algunos países triunfarán si lo intentan como lo intentó Corea en los años setenta, cuando las exportaciones coreanas de acero, barcos y automóviles eran vistas por muchos como destinadas al fracaso dado el exceso de capacidad existente en los mercados mundiales de esos productos. Pero Corea triunfó en esos mercados porque fue más competitiva que otros países. El caso de China es específico porque China tiene problemas propios, así como una creciente desigualdad en la distribución de la riqueza que si se traduce en tensiones políticas, podría hacer descarrillar todo el proceso. Según Chang tal posibilidad ya se ve en la India, donde han resurgido guerrillas maoístas en la zona más pobre del país.⁸

Como Spence, Chang declara ser pesimista en cuanto a las perspectivas económicas a corto plazo, aunque se confiesa optimista a largo plazo y menciona su fe en el progreso humano. Hace solo medio siglo, dice, muchos de los que luego fueron líderes de países en desarrollo eran perseguidos como terroristas por los imperialistas británicos o franceses. Chang opina que, a la postre, las políticas que se siguen se deciden en la calle y en las democracias la gente acaba consiguiendo lo que quiere.⁹

En resumen, si la visión de Spence puede describirse como una defensa del paradigma de crecimiento como vía para la solución de los problemas de la humanidad, solución que sería factible mediante un consenso de Washington reformado y una cooperación internacional dirigida por el G20, del que podría esperarse una eficaz "gobernanza" de la economía mundial, en la visión de Chang lo que predomina es el énfasis en lo nacional, que habría de primar en la consideración de las políticas económicas y en la gestión del proceso de desarrollo. Pero a la postre, la meta es la misma, de lo que se trata es de conseguir que haya crecimiento económico, lo que a su vez resolverá los demás problemas.

Frente a esas perspectivas pesimistas a corto plazo y optimistas a largo plazo de Chang y de Spence, la visión que inspira estas notas es pesimista a corto plazo y pero también pesimista a largo plazo, ya que si el siglo XX demostró de sobra el fracaso del comunismo soviético, ha demostrado también de sobra la capacidad del crecimiento capitalista para

8 Entrevista en *El Economista*, www.eleconomista.com.ar/?p=4950

9 Entrevista de Claire Provost a Ha-Joon Chang, *The Guardian*, 5 de noviembre de 2012, www.guardian.co.uk/global-development/video/2012/nov/05/ha-joon-chang-jobs-policies-street-video.

resolver problemas sociales creando otros problemas mayores y ha mostrado sobradamente la capacidad de los seres humanos para modificar la naturaleza, a la vez que nuestra escasa habilidad en las presentes condiciones sociales para hacerlo de manera que sea coherente con los intereses generales de la humanidad a largo plazo y no solo con los de esta nación, este grupo de países o aquel grupo de empresas. El consenso de Washington fue durante una época el consenso de los poderosos de la tierra, que hoy se muestran circunspectos, dada la poca credibilidad de mucho de lo que antes predicaron.

Frente al discurso librecambista moderado de Michael Spence, de las élites políticas y empresariales y del Banco Mundial, el énfasis de Ha-Joon Chang en las cuestiones distributivas y en la necesidad de que los países en desarrollo sigan sus propias orientaciones suena razonable y revolucionario incluso. Sin embargo, cualquier énfasis en políticas proteccionistas implica priorizar los problemas nacionales sobre los problemas mundiales y seguir buscando soluciones que, como diría Marx, se plantean enteramente dentro de los límites del sistema capitalista. Pero es ese sistema el que precisamente ha dado muestras evidentes en los últimos veinte años de hallarse aquejado de problemas mayores, que se agravan inexorablemente con su expansión. El cambio climático lo muestra sobradamente, pero también lo muestran las crisis económicas que recurren cada pocos años, la creciente desigualdad de la distribución del ingreso y la riqueza *entre* unos países y otros y *dentro* de cada país y el surgimiento de tensiones militares por disputas territoriales, a menudo relacionadas con recursos naturales. El nacionalismo que alienta esas tensiones y que casi siempre está en la "base ideológica" del proteccionismo, es hoy el fundamento que soporta a regímenes tan reaccionarios como el chino y podría ser la base de confrontaciones bélicas futuras.

Uno de los pocos elementos esperanzadores de la presente economía mundial ha sido la creciente interpenetración mediante flujos migratorios y mediante la comunicación ágil y barata posibilitada por Internet de las poblaciones de distintos países y continentes. La migración internacional e intercontinental de millones sin duda ha generado xenofobia y racismo en sectores atrasados de la población de muchos países, pero puede ser también la base de una superación de los nacionalismos que en el siglo XX desembocaron repetidamente en episodios de opresión de las minorías étnicas o raciales en los casos mejores, y de colonialismo y guerra en los casos peores. Desde ese punto de vista, hay que celebrarse de que líderes de opinión como Michael Spence aboguen por una extensión del "nosotros" más allá de las presentes fronteras nacionales. Lamentablemente, esa extensión no parece extender la defensa del libre movimiento de los capitales y las mercancías a la defensa del libre movimiento de las personas que, obviamente, es coherente con la defensa del libre comercio y la oposición al proteccionismo. Defender el derecho de toda persona a emigrar y vivir en el país que quiera es la mejor defensa de los derechos humanos de los más desfavorecidos, además de constituir una garantía contra la opresión política. Es además la única posición que no defiende privilegios y que impulsa consecuentemente la solidaridad entre los ciudadanos de distintos países, una política que, a la larga puede ser la clave para prevenir la guerra mundial del futuro (que quizá sería la última). Solo desde esa perspectiva obviamente "utópica", de una humanidad unida en un uso racional y prudente del planeta es posible hoy, si cabe, algún optimismo respecto de nuestro dudoso futuro.